



Los que doblegaron la curva

Sin ellos el virus seguiría desbocado. Cada trabajador de la red sanitaria pública vasca ha tirado de esta cuerda

SILVIA
OSORIO



ROSA
CANCHO

Estamos agotados, con las emociones a flor de piel. Parece que han pasado años y han sido solo semanas. No nos ha dado tiempo a asimilar lo vivido». Estas frases o similares se van a repetir a lo largo de las siguientes páginas. ¿Se acuerda alguien de que Euskadi también corrió el riesgo de que colapsaran los hospitales si seguían aumentando los ingresos de pacientes afectados por coronavirus? Ellos sí. Quizá no sepan que día exacto se llegó a ese récord de 2.011 personas ingresadas o en que trágica jornada llegó a haber 236 en las UCI, pero aún tienen



«No queremos que de héroes pasemos a ser villanos», reflexionan los protagonistas de la desescalada

➤ marcas de mascarillas en la nariz, rozaduras en la piel, dolores de espalda o noches en vela que les recuerdan lo que han vivido y lo que aún ven. Porque habrá menos contagios, pero el Sars-Cov-2, popularmente conocido como Covid, de la familia de los coronavirus, presentó su tarjeta de visita en Vitoria un 29 de febrero y aquí sigue. Al acecho. Tiene enfrente a las más de 30.000 trabajadoras de Osakidetza y a los de las empresas subcontratadas que desde sus puestos han tirado de la cuerda con todas sus fuerzas para doblar la curva.

Mientras todos nos hemos convertido estos días en epidemiólogos, virólogos, matemáticos e intensivistas de salón, con un máster por la universidad de Twitter, un posgrado de Netflix y varios cursos de actualización con cargo a los magazines televisivos de la mañana, ellos son los que han bajado a la arena a batirse cual gladiadores contra la fiera. A veces a pelo, sin escudo protector, porque escasearon las protecciones durante demasiados días. Pocas lecciones podemos dar de nada a esos más de 1.200 profesionales que estaban contagiados en aquellos fatídicos días del pico de la pandemia en Euskadi. Ni a los que se aislaban en su propia casa y rechazaban con dolor los abrazos de sus hijos pequeños, de sus parejas o de sus padres para protegerles,

Los aplausos colectivos les reconfortan, al igual que las donaciones y otros gestos solidarios, pero les empieza a molestar que les vean como a héroes. «Esto lo hemos hecho con profesionalidad, renunciando a muchas cosas, sacando lo mejor de cada uno de nosotros y con apoyo mutuo», dice una enfermera. «No queremos que de héroes pasemos a ser villanos», agrega. Esan tan exhaustos que no quieren ni volver a pensar en otro brote y por eso piden prudencia a los ciudadanos. No han puesto patas arriba hospitales enteros, se han formado sobre la marcha para ayudar a colegas de otras plantas y otras UCI, han renunciado a vacaciones y días libres, han cambiado turnos, han alargado horarios, han conciliado poco y mal, se han pasado horas colgados al teléfono para calmar angustias, duelos o miedos para que el mundo haga ahora lo que le venga en gana. Tampoco les gusta el lenguaje bélico que se utiliza con ellos. No son soldados en una guerra, sólo trabajadores de una sanidad pública que quieren ver mimada y blindada contra un rebrote u otras virulencias.

EN PRIMERA LÍNEA LOS ROSTROS DE LA RED SANITARIA PÚBLICA VASCA



Gabriel Gutiérrez
Jefe de Urgencias de Cruces

«La responsabilidad individual sigue siendo ineludible»

La responsabilidad individual sigue siendo «ineludible». Gabriel Gutiérrez, jefe de Urgencias del Hospital de Cruces, uno de los campos de combate de esta crisis, advierte de que la enfermedad «aún no está bajo control», por lo que el distanciamiento social, el uso de mascarillas en lugares públicos cerrados y evitar aglomeraciones son claves para que no se produzca la temida segunda ola. Curtido en mil batallas –46 años de experiencia en el servicio–, a sus 64 años sabe muy bien de lo que habla. En el hospital baracaldés han llegado a tener hasta 300 pacientes ingresados, en los momentos de mayor asfíxia, entre finales de marzo y principios de abril. «El número de urgencias de otras patologías disminuyó un 50%. Ahora ya vuelve a haber más actividad, pero con cautela», subraya. Han sido semanas muy duras. La avalancha de casos de hace mes y medio no se la esperaban. «Veíamos lo que ocurría en China, pero decíamos que estaba muy lejos». Y, sin embargo, empezaron a desbocarse las infecciones de coronavirus, que en muchos casos se han manifestado por los síntomas habituales, pero también por otros menos comunes. «Cuadros de diarrea, cefaleas o síntomas digestivos han sido bastante más frecuentes de lo que pensábamos. Cada paciente Covid es como si hubieras tenido que ver a cuatro o cinco», detalla. A su juicio, lo más duro ha sido ver a los enfermos despojados de la compañía de sus allegados. «La pérdida del contacto con la familia ha sido muy lesivo para el paciente, pero tenía que ser así».

Arantza Mendizabal
Hematóloga HUA

«Los primeros días en el laboratorio fueron terribles»

En el laboratorio central de la OSI Araba, organización que integra los hospitales Txagorritxu y Santiago y los centros de salud de Vitoria, un equipo formado por más de 30 microbiólogos y técnicos se convirtió de la noche a la mañana en la avanzadilla de los expertos en PCR de Euskadi, la prueba que ya todo el mundo conoce y que detecta material genético del Sars-Cov-2. Vitoria fue una de las primeras ciudades de España donde se declaró la transmisión comunitaria del virus cuando aún no había test comerciales. «Los primeros días fueron horribles. Teníamos reactivos comprados de prueba y por eso sobrevivimos», recuerda Arantza Mendizabal, hematóloga y jefa de la unidad de laboratorio y análisis clínicos de la OSI. Aquellas muestras de los primeros días se procesaban manualmente. «Hacíamos 200 PCR al día y caíamos deslomados». Se tardaban varias horas con una. Dos meses después ya está automatizado. Se procesan de cien en cien. E incluso hay una máquina que da resultados en 2 horas y media. El laboratorio alavés analiza hoy 800 muestras al día y «hay holgura para más». ¿Qué vendrá ahora? Mendizabal participa en el grupo de trabajo que diseña el rastreo de nuevos casos mientras mira «con estupor» a la calle. «No lo puedo resistir y llamo la atención a gente que no respeta las distancias. Aquí dentro estamos extenuados, esto ya no es como el 28 de febrero», advierte, en alusión a una vuelta hacia atrás.



Miren Albizuri
Jefa centro de salud de Ortuella

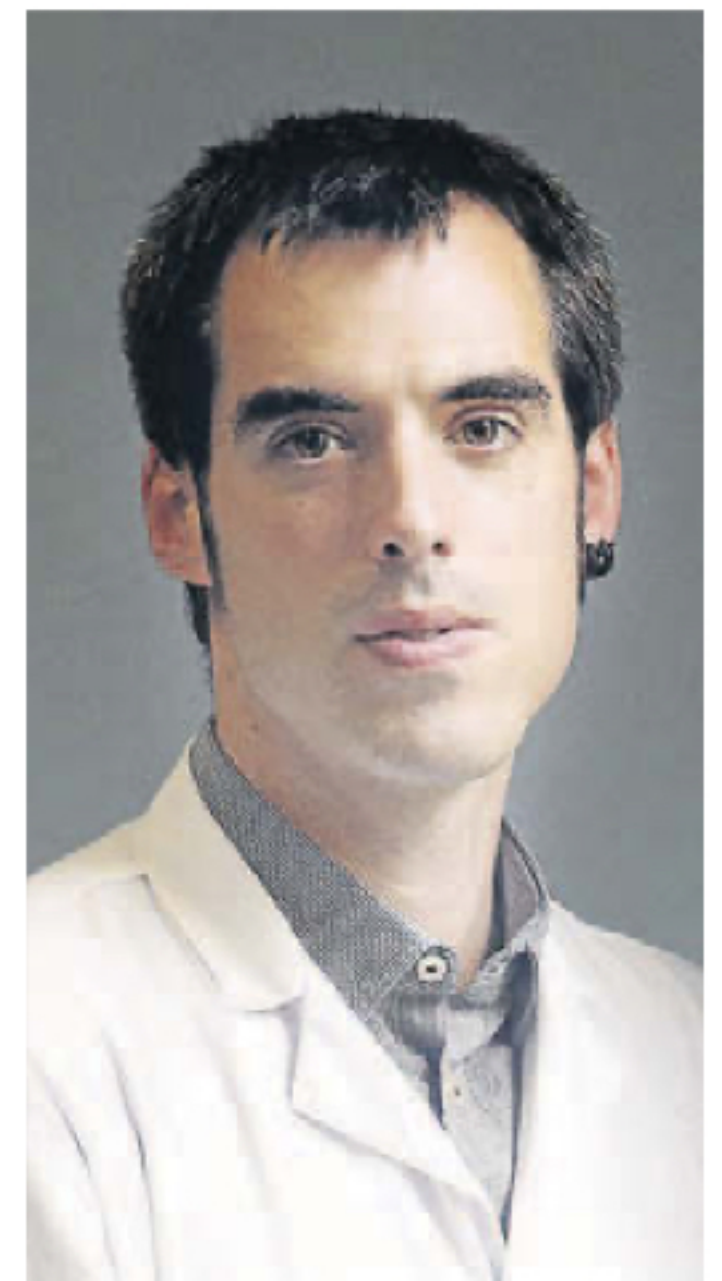
«Nos hemos tenido que reinventar cada día de esta crisis»

Los centros de Atención Primaria van recobrando poco a poco la normalidad. Miren Albizuri es la responsable del ambulatorio de Ortuella. Asegura que ella y su equipo, formado por seis médicos de familia, un pediatra, siete enfermeras y seis administrativos, están más tranquilos, pero les esperan días de mucho tajo. «Estamos organizando la vuelta. Aunque ya tenemos alguna consulta presencial, todavía van a ser días difíciles porque hay que tomar muchas precauciones. No va a ser una normalidad como la que conocíamos ni tampoco sé cuando va a tener lugar», advierte esta profesional de Algorita que lleva desde el 85 en este centro. Da cobertura a 8.500 vecinos. El patógeno chino no se ensañó especialmente con la Zona Minera, pero los primeros días fueron «una locura». «Los protocolos cambiaban. Nos hemos tenido que reinventar cada día». La situación será algo más calmada, pero seguirán filtrando los pacientes, es decir, solo acudirán quienes realmente lo precisen y se potenciarán las consultas telefónicas, y además, se mantendrán los circuitos separados para personas con síntomas respiratorios y sin ellos. Los ambulatorios han tenido un papel fundamental en esta crisis, ya que han sido la puerta de entrada para detectar casos de Covid-19. «Ahora tenemos unos 20 casos por semana, hace un mes eran constantes». También han realizado las pruebas PCR. De media al día efectúan unas 6 analíticas. Ahora la gran incógnita es si habrá un rebrote. «Es el gran miedo que tenemos, pero estamos más preparados».

Mikel Baza
Médico en Arrigorriaga

«El reto es garantizar la seguridad a personal y pacientes»

«El 80% de los casos, incluyendo los sospechosos, se han atendido en los ambulatorios». Así defiende Mikel Baza, médico de familia del centro de salud de Arrigorriaga y miembro de la junta directiva de Osatzen, la Sociedad Vasca de Medicina de Familia y Comunitaria, el papel de los centros de Atención Primaria en esta crisis. La situación inicial de «colapso» ya está superada y ahora, aunque aún hay mucha incertidumbre por la etapa que llega este lunes, hay mucha más tranquilidad. «El reto es garantizar la atención de una forma segura para pacientes y profesionales», explica este facultativo bilbaíno de 37 años, cuya trayectoria ha estado ligada principalmente a la Atención Primaria. Los ambulatorios están inmersos en la realización de dos muestreos serológicos, uno encargado por el Ministerio y otro por el Gobierno vasco. Dan cobertura a unos 19.000 vecinos de la zona, y reconoce que «necesitamos darnos de más recursos humanos y técnicos». La capacidad de adaptación fue clave al principio. El ambulatorio de Basauri se estableció como centro específico para pacientes con síntomas respiratorios, mientras que el resto de centros de salud de la zona se encargaron del trabajo no presencial. Baza opina que «los reconocimientos a su trabajo están bien», pero que no se siente ningún héroe. «Me parece que hay otros colectivos olvidados, como la gente de la limpieza. Yo cuando aplaudo, lo hago por ellas. Tendríamos que reorientar el discurso», opina.





Álex Lencería
Celador en Cruces

«Mandar a un crítico a planta era una guerra ganada»

Álex Lencería nunca olvidará el 25 de enero. El run run del coronavirus merodeaba en el ambiente y ese día una joven llegó a Cruces, donde es celador, como posible caso. «Fue como una película, no parecía real. Llegó en burbuja, se activó el protocolo del ébola». Falsa alarma, pero un mes después estalló la alerta. Según este joven de 34 años, que ha trabajado en Urgencias y en unidades Covid, «al principio no sabíamos por dónde nos daba el aire». «Nos han ido cambiando los protocolos. Y muchas veces en base a la escasez de material. Fue muy caótico porque llegabas a trabajar y no sabías dónde ibas a estar». Pero el trabajo como el suyo da sus frutos. Se sintió muy disgustado cuando se trató al colectivo «como grupos de bajo riesgo». Entre sus compañeros ha habido mucho nerviosismo, ya que veían ingresar personas más jóvenes de las previstas. «Hubo un día que los seis primeros ingresos de la noche fueron personas de entre 27 y 41 años. Ya no te vale el argumento de que solo afecta a personas mayores, con patologías previas». De hecho, asegura que muchos de sus amigos «no son conscientes de la situación». El virus ataca con fuerza y hay ocasiones en las que es implacable. «No es ninguna broma. Pero hasta que no tienes un caso cerca no abres los ojos». Pero entre tanto dolor recuerda momentos buenos. Una señora de avanzada edad comenzó a respirar mejor y logró salir adelante. «Fue una campeona. Recuerdo cómo animaba a la gente y a nosotros. Mandar a un paciente a planta era una guerra ganada».

Belén Hurtado
Limpiadora Txagorritxu

«He vivido como en una película rodada a cámara rápida»

«Sigo intacta. Nos han hecho los test. Yo ya me decía que no podía tener nada para lo que he visto, pero mira te quitas algo de encima». Belén Hurtado acumula más de 30 años de experiencia como limpiadora en el hospital Txagorritxu. A sus 54 años es veterana en un equipo de 140 personas que ha estado muy expuesto, sobre todo en esas primeras semanas en las que faltaba material de protección. Ahora que el hospital parece haber recobrado algo de calma, reflexiona. «No sé cómo explicar la tensión vivida. Es como si vives en una película rodada a cámara rápida, como el conejo de las pilas», dice. Las escenas que veían en cada habitación –hubo más de 300 personas ingresadas con neumonías y otras 40 en la UCI– aún le sobrecogen. Confiesa que se llevaba la «paranoia» a casa y extremaba tanto las precauciones «que desinfectaba hasta los billetes». La labor de los limpiadores aniquilando cualquier rastro de virus de los rincones más insospechados del hospital ha sido clave en la desescalada. Belén destaca el «humor» con que sus compañeras han intentado aguantar las crisis «y que hemos hecho pña». «Han pasado solo unas semanas y parece que hace tanto. Nos pegó fuerte aquí en Vitoria». En el hospital se afanan ahora en desmontar ventanas y rejillas para desinfectar. Y en cuidarse las heridas. Los roces de las mascarillas, los dolores. «Soy masajista deportiva y ayudo a mis compañeros con la espalda». Cruza dedos para que no haya rebrotes fuertes.



EN SU CONTEXTO

30.000

personas trabajan en el Servicio Vasco de Salud o Osakidetza. La red incluye los servicios centrales y hospitales, centros de salud, consultorios rurales o redes de salud mental, entre otros servicios. Además hay que sumar a los trabajadores de las subcontratas como las lavanderías, las limpiezas, la seguridad o las ambulancias.

Expuestos

Un 4,1% de la plantilla contagiada

Cuando la curva de contagios se hallaba en lo más alto, la primera semana de abril, se supo que en ese momento estaban contagiados 1.202 trabajadores. Esta semana, la consejera Nekane Murga informaba de que aún seguían de baja por Covid-19 más de 800 trabajadores.

3

sanitarios han perdido la vida por complicaciones derivadas del patógeno. Una enfermera de Galdakao, una compañera de una clínica privada vizcaína y un auxiliar de enfermería de una residencia de Vitoria.

Los días peores

Hospitales al límite de sus capacidades

El pasado 29 de marzo se batió el récord de pacientes ingresados en planta con síntomas graves por contagio como neumonías bilaterales. Había 2.011 personas hospitalizadas por una misma patología, algo insólito.

236

pacientes estuvieron al mismo tiempo en las UCI de los diferentes hospitales vascos, que han duplicado sus plazas de críticos a marchas forzadas para intentar dar respuesta a las necesidades.

Test para todos

Los trabajadores quieren saber

Tras reclamarlo insistentemente por fin han logrado que Osakidetza haga test de inmunidad y PCR a toda la plantilla y a las empresas subcontratadas. Se hacen ya cerca de 8.000 al día.

Nekane Morlán
Fisioterapeuta en OSI Basurto

«Fuimos voluntarias a apoyar a los equipos que iban a residencias»

Ha sido duro no poder ayudar durante días a pacientes con esclerosis, ictus o que se recuperan de un accidente o a niños con problemas de deglución. Los fisioterapeutas, para los que el contacto físico es tan primordial, se han reinventado. Como tantos colegas se han valido del teléfono y de los vídeos para intentar aportar. «Resultaba frustrante no poder ayudar más en primera línea, por eso, cuando tuvimos la ocasión fuimos voluntarias para servir de apoyo a los equipos de enfermería encargados de realizar los test en las residencias de ancianos». Habla Nekane Morlán, 51 años, supervisora de fisioterapia y logopedia extra hospitalaria de la OSI Bilbao-Basurto. «Aunque estamos acostumbrados a convivir con el dolor ajeno, la experiencia de invadir el hogar de personas mayores, donde acudimos ataviadas con unos trajes aparatosos, me impactó. Me angustié viendo a mis compañeras y a mí misma sufriendo bajo los EPI, unos trajes herméticos que nos dificultaban respirar, ver, tocar, comunicarnos», relata. El humor, la creatividad y la profesionalidad han sido las bazas con las que su equipo han convertido «una tarea dura en jornadas inolvidables». Los aplausos son «emocionantes» y habla de todas esas piezas de la cadena de la sanidad pública que hacen que todo funcione. «Me sorprendió cuando al día siguiente de que aparecieran carteles de desprecio a enfermeras y médicos, uno de mis vecinos al oírme llegar a casa salió para obsequiarme con un bizcocho casero».



David Véliz
Enfermero en Aranbizkarra

«Gente con infartos tenía miedo a ir en las ambulancias»

David Véliz, enfermero de emergencias en el centro de salud de Aranbizkarra, en Vitoria, se define como un tipo «optimista». Ha sido una actitud clave para sobrellevar unas jornadas de trabajo intempestivas y que le quedarán grabadas de por vida. «Nunca habíamos vivido algo así. Había personas con infartos que tenían miedo a ir en las ambulancias», relata este profesional de 42 años, oriundo de Getxo. Su labor implica tener un primer contacto físico con las personas que solicitan una ambulancia. Pero estos dos meses no ha podido dar ese abrazo que muchas veces reclaman los familiares de los pacientes «porque no nos podíamos acercar. Ha sido mucho más frío», lamenta. David confiesa que en los primeros momentos de la crisis sintió «mucho miedo». Su mujer trabaja en Urgencias y tienen dos hijos. El temor a contagiarles ha sido lo peor que han llevado. «Nos han hecho la prueba y los dos dimos negativo, estamos más tranquilos. Pero han tardado mucho en hacerlas y eso generó muchos nervios». El profesional, que atesora una trayectoria de 18 años y que también presta servicio en el helicóptero de Osakidetza y en el Centro Coordinador de Emergencias atendiendo llamadas, no recuerda una situación como la que ha propiciado esta pandemia. «Al principio fue muy caótico. Había un embudo y no pasaban las llamadas. La incertidumbre se palpaba en el ambiente». Sin embargo, considera que de todo se aprende, aunque «hemos espabilado a marchas forzadas».

Miren Bengoetxea
Enfermera clínica en
Reanimación en Cruces

«En mi unidad no ha habido ingresos en los últimos 10 días»

Ya son más los pacientes críticos a los que se retira la respiración mecánica o que empiezan a despertarse que los que no salen adelante. Miren Bengoetxea, enfermera clínica de la unidad de Reanimación del Hospital de Cruces, recuerda los días más convulsos en los que llegaron a tener «40 pacientes infectados. Ahora tenemos diez y no ha habido ingresos en los últimos diez días». A mediados de marzo, un aluvión. «En los dos o tres primeros días, llegaron 17 personas. Fue muy difícil de asumir y, además, llegaban muy malitos». Esta profesional bilbaína de 41 años, que lleva desde 2009 en este servicio, y sus compañeras tuvieron que adaptarse a las circunstancias que requirieron un esfuerzo extra. El número habitual de enfermeras en este área es de un centenar, pero no daban abasto. Tuvieron que reclutar efectivos. Llegaron otras 30. «Normalmente necesitamos cinco enfermeras por lo menos para poner boca a abajo a un paciente. Mejora su función respiratoria y es muy delicado. Como llegaban muchos a la vez, fue una tarea ardua», explica. Los refuerzos tuvieron que aprender nuevas funciones, pero Miren asegura que han sido unas jabatas. «Hicieron un esfuerzo tremendo». Después de tres semanas «muy malas» por la sobrecarga de trabajo, ahora se muestra «expectante». «Estamos muy cansadas a nivel físico y mental, pero el compromiso es el mismo. El esfuerzo del personal ha sido infinito», señala.



Elisabeth Bercianos
Adjunta de Anestesia y
Rehabilitación en Basurto

«Lo más duro ha sido despedirme de mi hija sin darle un abrazo»

El temor a contagiar a sus familias ha hecho que muchos sanitarios se hayan separado de los suyos. Es el caso de Elisabeth Bercianos, adjunta del servicio de Anestesia y Rehabilitación de Basurto. «Tuve que tomar la decisión de separarme de mi hija de 4 años. El día en el que me despedí, sin poder darle un abrazo, ha sido lo más duro», confiesa esta vecina de Durango casada con un médico. A sus 33 años, trata a pacientes críticos. Allí se viven los peores momentos, ya que es el último lugar al que llega una persona. O sale adelante, o por desgracia, fallece. Al comenzar la pandemia «nuestro día a día se vio trastocado multiplicando los esfuerzos y el tiempo que teníamos que invertir en cada paciente, nos enfrentábamos a una patología nueva sin tratamiento conocido. El servicio tuvo que reinventarse y prácticamente todos pasamos a formar parte del área de Reanimación». Por ello, no duda en ensalzar la «capacidad de adaptación de nuestro servicio, que ha sido impresionante, no sólo médicos: enfermeras, auxiliares se han reciclado donde han hecho falta. Quizá si hay un rebrote, Osakidetza parta de una ventaja y es que tendremos a más personal preparado para lo que venga». Desde hace unas semanas ha notado un descenso en el número de infectados por coronavirus. Por fin, «un escenario en el que no todo gira todo entorno al Covid». Retomar «poco a poco» la actividad «normal» es «un soplo de esperanza».



Eva Para
Fisioterapeuta HUA

«Yo creo que esto ha sacado lo mejor de nosotros»

Eva Para se emociona. Piensa por un lado en sus hijos pequeños y en lo difícil que ha sido tratar de no llevar el virus a casa y por otro en esos pacientes recién salidos de la UCI de Txagorritxu, con la musculatura debilitada, a los que ayudó a dar de nuevo sus primeros pasos sin miedo a caerse. A los fisioterapeutas no les ha dado tiempo a pensar en curvas, fases ni transiciones. «Son tantas las secuelas... Todos nos hemos unido y hemos puesto la carne en el asador para ayudarles a mejorar la ventilación, a expulsar secreciones, a mover las piernas. Yo creo que pese a las dificultades, a tener que trabajar con EPIs, esto ha sacado lo mejor de nosotros». Eva es una de las fisioterapeutas del hospital, un equipo al que han reforzado durante estos días los compañeros de Santiago. El resto de rehabilitadores cuidaban a los hospitalizados en el hotel Gran Lakua. Como casi todos los compañeros han alargado turnos y han aplazado libranzas y vacaciones para estar ahí. Son quienes están especializados en hacer las movilizaciones precoces de pacientes que van a ser desintubados y quienes están con ellos durante la primera media hora del despertar del letargo. «Les centramos, les hablamos mucho, tratamos de que empiecen a moverse...». Y con guantes, gafas y máscaras. Pese a la deshidratación y las heridas en la piel, ahí han estado. «Nos decía alguno 'anda bájate un poco la mascarilla para que si te veo por la calle te pueda dar las gracias'». «Somos un vínculo social para personas que pasan horas solas». Un mar de emociones.



María Olárizu Olalde
Enfermera Red Salud Mental

«Estamos formadas para situaciones estresantes»

La Red de Salud Mental de Álava ha sido una de las primeras que ha reservado un espacio para atender a pacientes con coronavirus. El Hospital Psiquiátrico de Araba está a punto de dar de alta a los últimos 'positivos' pero llegó a tener a 34 de sus pacientes aislados, algunos de ellos procedentes del hospital de Santiago. La supervisora María Olárizu Olalde no puede estar más orgullosa de los enfermos y de su propio equipo. «Yo tengo la sensación de un trabajo bien hecho. Estoy muy contenta. Las enfermeras de salud mental estamos entrenadas para los cambios y las situaciones estresantes». Si alguien sabe cómo calmar, sosegar, tranquilizar, son ellas. El aislamiento, no salir a la calle, no poder ver a los familiares es duro para todos, pero a los pacientes con trastorno mental les puede pasar una peor factura. Dentro de las limitaciones, los del psiquiátrico alavés lo han llevado con estoicismo. «Han respondido de maravilla», dice. El personal se defiende ya con soltura en el manejo de equipos de protección y eso que es algo muy nuevo para ellos, reconoce María Olárizu, enfermera, que a sus 53 años acumula más de 30 de experiencia profesional. Uno de los requisitos de la fase 1 de desescalada es tener preparadas zonas de aislamiento Covid en los centros de salud mental y eso en Vitoria ya está hecho. «Yo estoy muy orgullosa», confiesa. No por ello piensa relajarse. Seguirá extremando las medidas de higiene antes de entrar en su casa. «Y en la calle también».

Leticia Gandarias
Licenciada en Medicina

«Mi madre está deseando darme un beso y yo a ella»

Las personas con otras patologías viven esta crisis con doble angustia y eso bien que lo saben en los centros de salud vascos, el primer sitio al que llaman para expresar sus angustias. Leticia Gandarias, una getxotarra de 27 años, ha seguido la estela de su padre y quiere ser médico de familia. Mientras espera a continuar con su formación ha sido una de los médicos contratados para reforzar al personal de Primaria en esta pandemia. Su destino ha sido Basurto, que es un centro de los considerados 'limpios', lo que no ha sido óbice para que tome medidas de precaución en su casa. «Mi madre está deseando darme un beso y un abrazo. Y yo a ella y a mi hermano. De momento he tenido la suerte de no haber presentado síntomas en ningún momento. Las pruebas me las han realizado precisamente esta semana», explica. No bajará la guardia y es lo que le pide ahora que va a empezar la fase 1 de la desescalada a todos los vascos que van a regresar a sus trabajos o a las calles. «Con sus aplausos, lo ciudadanos me han demostrado que pueden unirse por una causa común y manifestarlo. Me gustaría que no se olvidaran del trasfondo de esos homenajes y que continúen aportando su grano de arena: siendo responsables». En poco tiempo ha visto demasiados duelos, soledad o dramas económicos como para frivolar. Lo mejor de todo. «El compañerismo y la experiencia para afrontar situaciones nuevas. También el resurgimiento de valores morales que parecían estar adormecidos».





Ainhoa Arrien Dublang
Enfermera Neumología
en Galdakao

«No sé si vamos a reponernos de la muerte de Encarni»

La unidad de Neumología del hospital de Galdakao aún está asimilando la pérdida de Encarni, la enfermera que murió a causa del virus. Ainhoa Arrien Lublang la recuerda emocionada. «No sé si vamos a reponernos de algo así. Fue muy duro. Nunca crees que va a tocarte tan de cerca», señala. Esta joven, de 24 años y graduada hace tres, asegura que han sido dos meses de «locura». «En nuestra planta muchos compañeros se contagiaron por el primer caso porque fue algo totalmente inesperado y difícil de controlar», relata. Ella ha llevado muy mal ver morir a pacientes sin el acompañamiento de sus familias, así como el «carga de conciencia» por poner en riesgo a su madre, con la que convive. Por fortuna, no ha llevado el virus a casa y eso que asegura que ha trabajado «sin los equipos de protección necesarios». Por eso, considera que el apoyo social de cada tarde debe estar enfocado «a que no haya recortes en la sanidad pública» más que como reconocimiento a la labor de los sanitarios. «No me siento ninguna heroína. Nuestro trabajo, que es atender a personas, no ha cambiado», agrega. ¿Y el futuro más inmediato cómo se lo plantea? «Con máxima alerta», a segura. La situación aún es «extraña» en el hospital, a pesar de que la carga asistencial es mucho más baja que en los momentos más álgidos de la pandemia. «No sabemos lo que va a pasar. Es verdad que se van reabriendo quirófanos pero la enfermedad sigue estando ahí». La preocupación sigue.

Miguel Corral
Residente Medicina Interna

«Esto me ha reforzado en la especialidad que he elegido»

Miguel Corral, bilbaíno de 29 años, esta crisis le ha pillado en el ojo del huracán. Este médico residente de cuarto curso (29 años) en el Hospital Universitario Araba fue de los primeros profesionales sanitarios que tuvo que guardar cuarentena por haber estado en contacto con compañeros internistas que había dado positivo al coronavirus. Se reincorporó el 13 de marzo y desde entonces no ha parado, de planta en planta por Txagorritxu, el hospital que hasta no hace mucho ha estado casi al 100% dedicado a Covid. Los internistas ven a los pacientes pero también son los que se ponen en contacto con los familiares. «Ellos depositan en ti toda su confianza, sus dudas, notas el miedo por lo que les puedas decir...». Y es que por desgracia, no todas las noticias han sido buenas. Pese a los momentos duros, a pesar de las muertes, Miguel está convencido más que nunca de que ha sabido elegir bien su profesión. «Me ha reforzado en la elección de mi especialidad. Hemos trabajado codo con codo con otros servicios y los internista hemos tenido mucha capacidad de liderazgo», dice. No había ninguna asignatura de la carrera que les preparara para eso. «Al principio te dicen la palabra virus y piensa en algo infeccioso, pero ahora vemos que tiene una índole inflamatoria y que esto se tiene que abordar entre todos». Este mes de mayo es bonito para los residentes. Es cuando terminan los veteranos convertidos ya en especialistas y cuando entran los nuevos. El coronavirus ha anestesiado esto también.



Kepa Aguirre
Celador en Galdakao

«No entiendo que alguien nos considere grupo de bajo riesgo»

En el hospital de Galdakao quedan dos plantas Covid. Durante la crisis todas las del centro han contado con un celador, pero se han ido vaciando y el personal se ha ido reduciendo. Kepa Aguirre es el encargado de celadores. Se contrató «gente sin apenas formación, que se ha metido en la boca del lobo pero que ha desempeñado una gran labor porque las cosas se han sacado». El colectivo también ha dado el do de pecho. Por eso, este profesional de 45 años que lleva siete en este centro vizcaíno, se siente dolido con alguna declaración en la que se señalaba que el colectivo «era grupo de bajo riesgo». «Toda la gestión con el fallecido la hacemos nosotros, desinfectar los sacos, meterlos en sacos... Llevas a una persona a hacer una radiografía y te tose encima... Es terrible que alguien dijera eso. Aún no lo entiendo», lamenta. Por suerte, en Galdakao no han caído enfermos muchos celadores, pero Kepa confiesa haber sentido miedo al llegar a casa y poder contagiar a los suyos. «Algunos vivimos con padres mayores, hijos... Lo importante es ponerse bien los EPIs y sacar el trabajo adelante». Las horas más convulsas han pasado – el hospital ha estado «patas arriba», recuerda–, y ahora toca ir recuperando servicios. «Estamos intentando poner las cosas como estaban. Mucho trabajo». Todo este sacrificio ha sido reconocido por la sociedad. Kepa lo considera «una válvula de escape», pero esto nos debe hacer pensar en la necesidad de una sanidad pública universal y bien construida. Los aplausos que sean por eso».

Diana Calvo
Enfermera AP en Salburua

«Aún no podemos hablar de que esto en pasado»

Los trabajadores de Atención Primaria han tirado con fuerza hacia abajo para doblegar esa curva. Muchos de ellos se han turnado para dar asistencia en los denominados ambulatorios de 'alta resolución' a los miles de vascos que han tenidos síntomas de Covid. A algunos les mandaron desde consulta directamente a urgencias y a otros les hicieron un seguimiento. Diana Calvo, enfermera, es la responsable del de Salburua en Vitoria. «Aún no podemos hablar de esto en pasado», advierte para quienes se piensan que ya somos todos inmunes. «Estamos cansados. Han sido dos meses de cambios a toda velocidad, adaptándonos a protocolos, con cambios de estructuras físicas, sin rutinas de trabajo diario... La gente ha puesto todo de su parte, renunciando a vacaciones, cambiando turnos, alargando jornadas...». Las enfermeras dice han sido claves al teléfono para resolver dudas, calmar ánimos, ayudar a combatir angustias... Ahora se van a recuperar esas conversaciones sobre la tensión, diabetes, peso, familia y la memoria. Pero poco a poco, porque nada será igual. «El esfuerzo ha sido tremendo y reestructurar las rutinas será complicado y sobre todo porque nos toca seguir conteniendo, controlar, prevenir, insistir en medidas de higiene, evitar nuevos rebrotes», comenta. Los profesionales no olvidan lo vivido y las secuelas de lo que verán. «Seguimos teniendo miedo. Las compañeras se han contagiado y piensas que en un momento dado te va a tocar esa lotería».



Nagore Lejarza
Consejo Sanitario

«Confío en que luego no seamos los grandes olvidados»

El servicio de Consejo Sanitario de Osakidetza lleva ya ocho años contando al otro lado de la línea telefónica con la experiencia de Nagore Lejarza, de 38 años. Su voz cantarina ha calmado los miedos de miles de vascos en todo este tiempo, pero especialmente en la 'era coronavirus'. Aquella primera semana de marzo, con Vitoria en ebullición por contagio, la centralita del centro coordinador de emergencias de Txurdinaga echaba chispas. Y cuando Bilbao empezó a verle los dientes al lobo, fue ya el acabose. «Fuimos los primeros en recibir el aluvión de llamadas, pero era porque la gente estaba muy asustada», resume. El servicio se reforzó y parte de esas llamadas las asumieron los centros de salud. Hoy, dos meses después, todo está algo más tranquilo. «El inicio fue de una gran responsabilidad. Había mucho trabajo y mucho agobio y éramos un referente para la gente. Pero creo que tenemos muy buena relación entre nosotros y eso nos ayudó». Están entrenados para distinguir las verdaderas urgencias de cuestiones banales y de nuevo se hacen normales las consultas por caídas, accidentes, medicación, fiebres, vómitos y lo habitual de la primavera. Pero el neovirus no se ha ido. Consejo Sanitario va a hacer el cribado de nuevos casos y también localiza a los antiguos para hacerles un test. Aunque cada día más apagados, Nagore sigue oyendo los aplausos de las ocho. Los agradece. «Yo confío en que luego no seamos los grandes olvidados y se siga teniendo en cuenta la importancia de tener un buena sanidad pública».